

I

CON TODO AQUEL BLANCO MASIVO, uno al respirar debía andarse con cuidado. Si salías y, simplemente, te quedabas de pie, abrigado y tomando el fresco, o silbando y paseando, todo ese blanco de vida aminorada, todo ese rodillo depurador y excesivo te entraba por la nariz y por la boca. Había que pensárselo más de dos veces sólo para dar una fuerte inspiración. Era algo temerario, era como comerse una montaña. Después, en la espiración, el paisaje glaciar arremolinado en el interior de la caja torácica se precipitaba hacia su origen, de vuelta a la calidad de altura de los hielos, ese origen que estaba alrededor en un estado precario, por la estación, y salía el blanco aéreo, y el propio cuerpo se quedaba entonces como agrandado e inmensamente vacío en esa liberación. Vaciado, con inmensas parcelas deforestadas, purísimas en el interior. Como un envidiable e incorrupto cadáver, en el interior. En ese proceso de respiración temeraria, la nariz quedaba hecha diamante. Daban ganas de arrancársela. Y los dientes, también enajenados. Y la lengua, la tráquea, los pulmones. Ahí quedaban ellos, en la comunidad estelar de las nieves perpetuas. Como idea es bonita y nada ridícula, para mí. A mí se me ha pasado más de una vez por la cabeza. El doctor Marr de Furth/Isoko me enseñó (con la medicación

pertinente) a ver estos pensamientos, estas distracciones estéticas o esteticistas, como enemigos externos que intentan asediar la ciudadela. La ciudadela no ha sido tomada aún, quiero dar cuenta de ello, aunque mis salvajes cicatrices me pican de vez en cuando, y entonces comprendo el alcance también físico del ataque mental; porque la ciudadela es mental, quiero decir. Pero, he de decir, quiero decir, que aún puedo dejar constancia de mi percepción de los hechos pasados siguiendo la esqueletura causal de eso que decimos que es la cronología. Aún puedo separar lo de fuera de lo de dentro, y relatar uno y otro curso como dos alternativas.

Recién instalados, frente al mirador, Lowsla y yo contemplábamos una planicie amoratada de líquenes fundida con nieves que descendía gradualmente, levemente hasta la playa. Una playa inmensa, de guijarros grises, por donde debían pasar (era inminente) cerca de medio millón de renos. Lowsla y yo habíamos sido premiados en un sorteo de la Confederación del Norte con un puesto para avistar renos y dispararles desde los orificios de la cabina con unos rifles de cerrojo (Mannlicher 7mm) que la propia Confederación había dispuesto en unos estuches colocados debajo de nuestras respectivas camas, sobre un frío mármol antipático que era como una continuación del vasto invierno primaveral de fuera. Teníamos un estuche con tres rifles cada uno. Con tanto disparo las armas se recalientan y hay que ir cambiándolas. Estas maletas eran, pues, muy anchas, de plástico negro. Dentro estaban las tres armas, ya montadas, en su limbo de gomaespuma. Lo primero que hicimos fue tomarlas entre nuestros brazos, una tras otra. Un acabado muy elegante, el de los Mannlichers, y nada más sostener el rifle entre las manos,

como a un bebé, se percibía su absoluto equilibrio y ligereza. La YTTPA cuidaba todo hasta el último detalle, era un arma muy distinguida.

La cabina era un prisma muy regular, un prisma rectangular, casi un cubo, un cubo achatado por la altura, aunque igualmente Lowsla y yo lo llamábamos cubo, o cubículo. No nos importó la impropiedad a ese respecto. No me importa ahora. De superficie, eran seis por seis metros (la medimos a zancadas varias veces, en nuestro esparcimiento, en nuestro tedio, en nuestros siete días y medio). Tendrían tres metros de altura, las paredes. Una de estas cuatro paredes era sólo de cristal (con seis orificios con apoyadera para el arma, que podían abrirse pulsando un único botón). Dormíamos y comíamos en la cabina. En la cabina jugábamos al ajedrez, junto a la gran ventana. He dicho que dormíamos, habría sido mejor decir que intentábamos dormir. Era difícil dormir, pues en el septentrión extremo de la playa desierta de Hommstadt (sobre la que se elevaba la colina 456-T, nuestra colina) llegaba el sol blanco del norte a horas muy tempranas. Parecía que se filtraba el propio astro a través del cristal, y parecía después crecer dentro, se recomponía como un espectro, el sol, y estallaba entre nosotros, dentro de la cabina casi cúbica o semicúbica (acaso me irrita esta imperfección geométrica), ante aquel gran ventanal que daba al mar helado. El cubo rebosaba luz blanca, y sus blancas manos minerales sobaban nuestra piel y aplastaban el aire de dentro, cada vez más lívido. En el cubo. A mí se me hinchaban los pulmones con aquel sol siempre expectante, cada vez que abría los ojos y me incorporaba en la cama. A veces veía a Lowsla también despierto y pálido, mirando al sol de nuestra semana sin pegar un tiro. Toda amenaza, toda

tristeza, toda verdad se transfiguraba mágicamente en aquel disco blanco que pendía frente a nuestro ventanal. No había más que aquella inmaculada potencia sobre el horizonte de un océano en parte común, y en parte muerto, y en parte vagamente irreal. Era imposible permanecer ausente, aislado de semejante ataque sensorial. Como es lógico, recuerdo aquellas impresiones bajo la forma amenazante de los presagios más espantosos.

Del mar helado nos llegaban resquicios de un rumor filtrado por las cuatro paredes y el techo del puesto. Parecía que era un rumor interior mío por lo vago de su música, que era el inicio de otras músicas que iban a ir sucediéndose dentro de mí, como en movimientos de una sinfonía densa y creciente, en continuo progreso, como aquellas que oía por la noche a través de la pared en la Base de Anemos, la música del Ingeniero Lenz. Jamás desde entonces me ha abandonado el rumor de aquel mar. Recuerdo a Lowsla y me recuerdo a mí, mirando al sol, reflejados en los cristalones del ventanal. Lowsla y yo, mecidos en una pasta solar inseparable, mudables de ánimo, pálidos, muy atentos a todo, sin descartar algún milagro y sin abandonar del todo el primer asombro ante lo francamente extraño de la situación.

No vimos un solo ser vivo en los primeros siete días, la playa de Hommstadt semejaba un rincón previo a la aparición de la biología. La verdad es que teníamos ganas de darle al gatillo. Estábamos inquietos en nuestra pecera. A las 18:00 horas del día ocho, mientras comíamos, estalló una tormenta que ni mi compañero ni yo esperábamos por los partes. El del norte es un cielo más bien blancuzco y vacío sólo interrumpido por las cuatro o cinco horas de noche y otras tres horas intermedias. Apenas se pintan los

aguafuertes procelosos de las tormentas en esa época. Pero ahí estaba ante nosotros, desplegándose, el imprevisto. Nos costó tragar lo que teníamos en la boca (una merluza precocinada que había en el frigorífico y descongelada en un microondas muy sofisticado y silente). La tormenta fue un chispazo inesperado que nos prendió fuego.

Nos comunicamos por radio con Sitka, la ciudad desde la cual se coordinaba, con buen criterio, la gran matanza de renos. Nos tranquilizaron, tuvieron palabras amables, solícitas, expertas. Aunque, por otro lado (he de decir) mi compañero y yo no estábamos muy preocupados. No era la primera vez que cazábamos en los páramos polares. Cuando llegó la carta a casa diciendo que había ganado el puesto, sonreí como no había sonreído en mucho tiempo. Una providencia benéfica había señalado mi nombre, escogido de entre los de otros tantos millonarios (era un sorteo cerrado) para viajar de nuevo a las tundras. Un oso blanco disecado que tenía en mi despacho parecía corresponder a mi sonrisa con un brillo especial, incierto, en los ojos (unas canicas muertas): recordé viejos lances. De nuevo al norte. Me alegró saber que iba a cobrarme tantos trofeos (cientos, nos prometieron) de maravillosos renos en Hommstadt, renos de la Costa del Norte.

Lowsla, a quien nunca había visto antes de la semana glacial ártica, también me refirió la llegada de su carta con gran efusión. Lowsla tenía unos ojos lapones, conmovidos en su narración, fijos en detalles y pormenores felices de su relato, de su llegada a Sitka y de anteriores safaris. Su reserva inicial, en la presentación organizada por la YTTPA en el Hotel Continental, dio paso a un Lowsla sumamente expansivo, sensible domador de palabras. Sus repentinas carcajadas bucaneras podrían haber hecho que mi oso polar

soltara alguna otra sonrisa de canica de cavidad ocular. Tanto él como yo habíamos comprado varias casas con varios pabellones y las habíamos superpoblado de trofeos, como se rellena de algodón una funda de almohada; eran ya exóticos camposantos deportivos y homologados, cómodos para nosotros, lugares donde reposar. Se podría decir que necesitábamos más y más edificios para nuestra fiebre de trofeos.

Vi una de las posesiones de Lowsla, en fotos digitales que me iba enseñando: una gran mansión-cementerio. Durante aquellos siete días (o siete y medio) anteriores a la tormenta, Lowsla fue muy específico y meticuloso contándome sus lances de caza y la medición de sus trofeos, y hasta quiso compartir detalles, sucesos, indicaciones a la hora de tramitar los envíos de pieles y cornamentas en avión, o de obtener determinadas licencias y concesiones, o sobre la incompetencia o la gran aptitud de este sherpa o aquel perro o amigo de batida. Yo le había hablado también de mis medallas de oro, de mis esperanzas, de mis futuros renos de la Costa del Norte. El sol nos alumbraba en los matices, nos evocaba cosas, otros soles de África, de las lunas Femas y del Himalaya, de V. Korhyta-55 y del Orinoco, ahondaba en nuestros cuatro ojos (ah, y el mar, al fondo, salpicado de icebergs). Nos abrumaba igualmente, el sol, cuando aparecía, cuando permanecía, y también cuando nos dejaba (por unas pocas horas) y la planicie se transfiguraba en noche, el espacio azul del viento, que dominaba entonces la estepa blanca, y silbaba, desvelándome, como un lobo o un perro indómito de muchas cabezas con muchas bocas en cada cabeza y sin ninguna coordinación entre todas ellas. Y, en esta sombra breve y cristalizada de mi lado de la noche breve del norte, observé el reglamento y

la lejanía penetrante de los astros sobre la cabina. Tuve allí las estrellas, durante unas horas.

Cuando nos cansábamos de estas visiones de materia muerta (no cazable), Lowsla y yo cerrábamos la pared de vidrio con una compuerta eléctrica y activábamos un dispositivo automático que abría de nuevo el cubo al sol a la hora que conviniéramos. De este modo, se descubría ante nosotros la ventana al amanecer (los renos no avanzan de noche, duermen bajo las estrellas), y éste (el amanecer) siempre nos despertaba pacíficamente, como despierta la luz. Era una inundación irreversible y suave de luminosidad en la que uno se encontraba ya anegado al despertar, y sólo quedaba mirar al sol, que había vivificado para entonces su potencia, y también quedaba mirar la playa, bajo el sol. Era como un enorme tríptico de ausencias, aquella pared que era ventana. Ausentes renos y demás fauna ausente.

Pronto, en semanas, el sol se haría con el poder absoluto del cielo, y no lo abandonaría del todo durante los meses de verano. El tiempo, relativamente benigno, en el que los renos salen de sus coníferas y sus abedules y pasan a la tundra, al desierto, convertido entonces en un enorme prado que en realidad es un fangal. Una nube de mosquitos surgidos del barro los atormenta, a los renos. Es común encontrar pieles de renos con centenares de perforaciones de dípteros parásitos que han depositado sus huevas ahí, pieles bajo las que esas huevas han desarrollado su ciclo correspondiente, para salir después, volando felizmente. De modo que innumerables generaciones estivales de moscas nórdicas y mosquitos han sobrevivido con el soporte de esos suaves pellejos malolientes. La УТТРА había informado de que era necesario desparasitar concienzudamente las pieles que los cazadores quisieran llevarse a casa.

Recuerdo que, en relación a este tema, Lowsla me comentó en el cubo, muy temprano, antes del desayuno (al principio desayunábamos sobre las 7:00, después, según nos apeteciera), que en plena cena informal, en el comedor, con unos buenos amigos, un gran kudú disecado de cuerpo entero que, al parecer, estaba colocado sobre una peana en el centro mismo del amplio salón contiguo, les dio una desagradable sorpresa. Su mujer (única referencia familiar que hizo) dejó caer los cubiertos sobre la mesa al ver cómo entraban varias moscas al comedor y algunas se subían al rosbif con compota de manzana servido en los platos. Se levantó, la mujer de Lowsla, y abrió de un manotazo nervioso la puerta corredera que daba al salón de los trofeos, muy iluminado con ocasión de la visita, precisamente. Cientos de moscas de Botswana eclosionaban en aquel momento y zumbaban, partiendo del kudú que las engendró en una exploración a otras pieles disecadas, a las paredes, a los cuadros, al tierno rosbif. Un pensamiento frenético, negro, fúnebre, quizá, y aterrador en todo caso, tiene que asolar a quien ve escena semejante, sin previo aviso ni pensamiento. Cuando el hogar se está pudriendo y la corrupción tiene un runrún laborioso de moscas de Botswana (o de cualquier lado) que eclosionan en plena noche, con las bombillas bien encendidas.

Pero las moscas, en la tundra, no eclosionan por la noche, como ya he dicho, porque no existe la noche en verano. No tienen alternativa. Todo es sol, las moscas no conocen alternativa en los meses de sol. Lowsla iluminaba a sus moscas con la electricidad de la mansión, convenientemente engalanada para la visita, para aquellos buenos amigos que lamentablemente, contaron con tan poco tiempo para probar el succulento rosbif, o lo que fuera.

Iba aferrándose el sol de los siete días de la playa de Hommstadt, el sol del norte sobre el cubo, en su progreso hacia la despótica continuidad de todos los años, el sol de los enjambres y del barro, y de las flores robustas y bellas, como flores alpinas de las cumbres, que aquí nacen junto al mar.

Lowsla y yo mirábamos aquel sol, sentados en nuestras camas. No se podía mirar aquel sol sin pretensiones, tan abstracto que acababa imponiéndose al intelecto, como he dicho. Es algo veraz que pueden consultar con otros cazadores del Gran Norte. El sol, además, era el sustento del aparato calefactor de la construcción cúbica que nos permitía la vida (el aburrimiento de una semana y medio día), que tenía unas chapas para acaparar sus rayos. Este sistema ponía en marcha un generador que (alimentando un curioso sistema calefactor de tubos metálicos que recorrían las esquinas y el techo del interior) mantenía una temperatura cálida invariable.

Yo me instalé en el lado derecho del cubículo con respecto al sol, y apoyaba mi Mannlicher en la zona de la ventana de mi lado. Lowsla guardó estricta simetría en su lado, el izquierdo. Dispuso sus cosas de muy pareja manera. En sí, el propio cubículo mantenía una simetría un tanto diabólica, de puro estricta que era, de hecho. Lo único que no parecía intercambiable de lado a lado allí (las camas, los muebles...) éramos nosotros.

Podría ser el tablero de ajedrez que había junto a la ventana, pero en versión agrandada.

Aunque la pseudococina (un microondas y una nevera, y unos cuantos cajones, nada de horno, nada de vitrocerámica), en el lado de Lowsla, arruinaba también esa perfección simétrica. En mi parte, frente a la cocina, sólo había un gran armario de baldas con cosas útiles de todo tipo:

linternas, cajas y cajas de balas, mantas, pilas de linternas, cuerdas y arneses, trajes buzo casi de astronauta, una pequeña sierra mecánica para cortar los astados, un botiquín y un largo etcétera.

Detrás del armario de la cocina había una compuerta de seguridad que daba a una pequeña cámara de acero (con otro transmisor en su interior, para comunicarse con Sitka). Así, si las cosas se ponían feas, teníamos un pequeño cubo dentro del cubo, que me espantó de un solo vistazo. Nada más verlo ya sentí la claustrofobia pesarme en la imaginación y preferí mirar en otras direcciones, al ventanal, por ejemplo. Los agentes de la YTTPA que nos enseñaron la estancia, nada más llegar, lo llamaron «la cripta». Podía accederse a ella tocando un par de teclas, escondidas detrás de un fino listón de madera en el lado derecho del armario. Se abría lentamente, como un viejo puente levadizo. Dentro, el espacio era mínimo: dos camas pequeñas, una luz, el transmisor de urgencia y poco más. Tenía también su propio sistema de ventilación. Estaba recubierto por capas metálicas extragruesas. Era una especie de caja fuerte para personas, y por cierto, éste sí era un cubo en toda regla. Yo lo descarté como vía de escape nada más verlo, y me puse a probar los rifles, que se me antojaron sofisticadas esculturas articuladas. La mira telescópica me transportó lejos, a la cruz del visor. Mi compañero pareció interesarse más en la cripta, y los hombres de la YTTPA le ofrecieron más detalles. Dejé el arma sobre mi cama, junto al maletín abierto, me llevé las manos a la espalda y vi, sin mucho esfuerzo de fabulación, cientos de renos atravesando la playa gris y blanca que nos mostraron las compuertas al abrirse, activadas por uno de aquellos hombres tan serios, repetitivos y respetuosos.